

Un humanismo a la deriva

MARÍA JESÚS CASALS CARRO

José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, 1997: *El ocaso del periodismo*. Libros de Comunicación Social, Barcelona, 340 páginas.

Quizá sea porque en Occidente es ya costumbre el hecho de que las cifras redondas nos obligan a mirar hacia delante con el temor de perder todo el pasado. De que cada fin de siglo intentamos imaginar el siguiente y la profecía es casi siempre desalentadora. O también puede ser una simple coincidencia. El caso es que el catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, José Luis Martínez Albertos, ha publicado un libro reflexivo cuyo título, *El ocaso del periodismo*, ya nos impregna de la nostalgia finisecular. «*El periodismo es una técnica social en peligro de extinción*». Con esta proposición a modo de tesis, el profesor Martínez Albertos nos invita a recapacitar sobre la actividad profesional de los periodistas y sobre la supervivencia del periódico impreso. Ambos conceptos, tal como aún hoy los concebimos y enseñamos en las facultades de Ciencias de la Información, están, según la propuesta del catedrático, en vías de extinción.

El profesor Martínez Albertos acude a Gabriel García Márquez: «*Los periodistas se han extraviado en el laberinto de una tecnología disparada sin control hacia el futuro...*». El escritor colombiano se manifestó de este modo en una conferencia celebrada en Pasadena (California) en octubre de 1996, con motivo de la 52.^a Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Sin

embargo, García Márquez tituló su conferencia —publicada en esas fechas íntegramente por el diario *El País*— como «*El mejor oficio del mundo*». De modo que si las premisas de las que parten Albertos y García Márquez son las mismas —la crítica a una tecnología protagonista y deshumanizada—, las conclusiones de ambos son muy diferentes, casi opuestas. El profesor Martínez Albertos ha ejercido como reportero, columnista y director en varios periódicos de diversas ciudades españolas: Madrid, Barcelona, Bilbao, Pamplona, Las Palmas de Gran Canaria, etc. Es autor de numerosos libros muy referenciales para los estudios del periodismo y es uno de los teóricos más importantes de nuestro país en esta área de conocimiento. Todo ello avala al profesor Albertos como un conocedor de nuestro campo científico absolutamente necesario porque sus reflexiones van mucho más allá de las simples elaboraciones de teorías más o menos abstractas, más o menos académicas. El profesor Martínez Albertos sabe de lo que habla.

También García Márquez sabe lo que dice y por qué lo piensa. Pero existe una diferencia entre ambos muy a tener en cuenta: García Márquez habla para un auditorio universal, cada palabra suya se verá reproducida de todas las formas posibles, prensa, radio, televisión... Él puede advertir del peligro deshumanizador de la tecnología pero seguramente no sería muy aconsejable que con semejante auditorio fuera más lejos. Debe invertir la espiral y de la advertencia desoladora llegar al remedio entusiasta. De esta manera, el escritor colombiano defendía apasionadamente que el futuro del periodismo sólo tiene una salida honrosa: la de resucitar al contador de historias, al periodista que es capaz de narrar la vida.

La vida es narración, como decía Ortega, aunque García Márquez no lo nombrara. Pero esa es la idea. El gran escritor que aprendió como periodista nos quería persuadir de que el periodismo ha de recuperar la dignidad literaria que ya ha comenzado a perder por la ola arrasadora y cegadora de los brillos tecnológicos. Si la literatura siempre nos ha dado claridad sobre la condición humana, el periodismo tiene la misma misión. Y el reportaje es su género.

Pero el auditorio de Martínez Albertos es más limitado y más crítico. El entusiasmo no hace mella en estas condiciones. Tampoco el estudio constante y el análisis de las situaciones ayuda a mantener una actitud ilusoria y vindicativa frente a lo que no tiene remedio. Por ello, el profesor Albertos se lo cuestiona todo. Y ya desde las primeras páginas reflexiona sobre la desaparición del periódico: «*No es necesario ser profeta para aventurar que la muerte de los diarios impresos en papel no se demorará más allá del año 2020. Estamos, pues, ante un horizonte cuyo límite máximo no llega al cuarto de siglo*». Y advierte que esta previsión no constituye ningún intento de originalidad por su parte, sino que es producto «*del lógico resultado de varias lecturas de diferentes ex-*

ertos en la cuestión». Además, ofrece los datos de la oferta on-line que casi todos los periódicos importantes mantienen con sus lectores. «Estamos ante el comienzo de una nueva etapa en el proceso civilizador de la Humanidad, un nuevo pulso entre Tecnología y Cultura: el reto de la nueva sociedad ante la avalancha electrónica. Los diarios de papel, según parece, pueden ser para algunos las nuevas víctimas de este enfrentamiento» (...) «No sólo desaparecerán los diarios impresos, los periódicos convencionales que conocemos y amamos. Probablemente también desaparecerá con ellos el periodismo. Y con el periodismo puede desaparecer también el actual concepto de libertad de prensa y el respeto religioso por el derecho de los ciudadanos a una información técnicamente correcta, entre otros valores de la modernidad. El hecho de que desaparezcan estos bienes morales no quiere decir que el individuo quede inerte y a merced de los tiranos y déspotas de cada instante. A partir de cierta visión optimista acerca de la demostrada capacidad acomodaticia de la especie humana a las cambiantes condiciones del entorno, es coherente pensar que surgirán nuevos valores y nuevos procedimientos que garanticen estas cotas mínimas de autonomía y libertad, por debajo de las cuales no existe verdadera calidad de vida. Pero también resulta sensato pensar hoy que la tecnología puede ser una amenaza grave para las libertades ciudadanas. El futuro tecnológico es un libro cuyas páginas todavía están por ser leídas» (págs. 24 y 31)

En estas citas se justifican todos los análisis posteriores que el libro de Martínez Albertos nos encaja con precisión de cirujano. En realidad, la obra del profesor es como una escultura bien acabada hecha de la gran piedra que ha tenido que tallar en sus muchos años de estudio. Por eso es una obra importante y necesaria. Casi tiene ecos de despedida, de conclusión sobre todo lo que él sabe acerca del fenómeno social del Periodismo y con las dudas sinceras que le plantea el desarrollo de una ciencia y de una actividad cuyos cambios vertiginosos nos arrastran a una continua revisión de las teorías. Así, *El ocaso del periodismo* resulta una obra densa por los contenidos que no tienen desperdicio alguno porque cada párrafo es una constante reflexión del presente proyectado hacia un previsible futuro. Entre las ideas que desarrolla con mayor deliberación encontramos la libertad de prensa unida a la verdad, no como concepto abstracto e inabarcable, sino como cuestión concreta definida en el neologismo que defiende como diferenciador: la *accuratio* o acuración que significa rigor, precisión, exactitud, esmero. Un concepto que lo une a la jurisprudencia del Tribunal Constitucional. Analiza también las formas expresivas de los nuevos periodistas españoles y los contenidos de la prensa en España desde la perspectiva de su solvencia ética. Describe los enfrentamientos prensa-poder con una clara visión sobre la función de la *agenda-setting* como eficaz procedimiento «para generar parcelas muy concretas

dentro de la mentalidad dominante en una sociedad» (pág. 245). Plantea la necesidad de la autorregulación de los medios como premisa para la profesionalidad de una actividad, la periodística, que aún no está bien asentada en su consideración social como «una verdadera profesión». A este respecto, el profesor Albertos expone con claridad —casi exige— los cuatro elementos sociológicos para que el periodismo pueda ser considerado una profesión real y respetada, que, resumiendo, serían los siguientes: el fin de la profesión periodística es garantizar el derecho de los ciudadanos a la información; este derecho se garantiza por la delegación social en unos profesionales con una sólida formación acreditada; los periodistas deben desarrollar su trabajo de modo estable y ser justamente remunerados; y el ejercicio profesional del periodismo debe estar sometido a procedimientos de autocontrol (códigos de ética, consejos de prensa, gabinetes de autocritica, defensores de los lectores, etc.). La defensa del lenguaje periodístico y la recapitación sobre sus problemas o «pecados» como son los neologismos y tecnicismos y su defensa de la nobleza de la palabra clara y correcta son capítulos también muy especiales de la obra del profesor Martínez Albertos. Como complemento, la utilidad del periodismo de investigación, la actuación de las fuentes y hasta una propuesta sobre un nuevo sistema de organización para la enseñanza de la carrera de periodismo.

Si esta descripción de contenidos es meramente indicativa y necesariamente incompleta, podríamos imaginar un libro tamaño enciclopedia. Pero no. *El ocaso del periodismo*, con 340 páginas, nos ofrece, además del análisis, la predigestión de una síntesis que sólo puede realizarse cuando se ha dedicado más de media vida a estudiar los temas abordados. Ahora bien, cabría preguntarse entonces cómo un autor que desde el título se declara no ya pesimista, sino ciertamente derrotista respecto a todo aquello que ha constituido su vida profesional y universitaria, ha sido capaz de ofrecer todas estas reflexiones y pautas que quieren salvar al periodismo del monstruo tecnológico. Sinceramente, creo que la respuesta es que, a pesar de las apariencias, no estamos ante una obra más apocalípticamente finisecular, posmoderna y pseudoprofética, sino todo lo contrario. *El ocaso del periodismo* es una defensa de la profesión periodística desde todos sus flancos, no solamente desde el aspecto narrativo como proponía con vehemencia García Márquez. En realidad es una llamada de atención serena y escasamente provocativa, aunque sí muy valiente y realista, sobre el peligro de que la tecnología engulla al humanismo que todos debemos defender como profesionales o como lectores. Un humanismo que durante todo el siglo xx ha estado en muchos momentos a la deriva. Por eso, cuando tenemos la oportunidad de recuperarlo en las reflexiones sinceras de autores como García Márquez o de profesores, como José Luis Martínez Albertos, quien además ha tenido la humildad de mostrar con honradez y gallardía las dudas conceptuales y

existenciales sobre una profesión que ha sido protagonista de sus muchos años de estudio y docencia, se levanta un soplo de buen aire que conduce de nuevo a la esperanza y al conocimiento. Lo de menos es si el periódico vivirá o no en el 2020. Son los buenos escritores, los sabios, los responsables, los que no creen en las teorías axiomáticas e inamovibles y se permiten el lujo inteligente de dudar y de manifestarlo, son ellos, insisto, los que siempre nos llevan más lejos... Más lejos del presente con sus certezas que es lo que en realidad nos aprisiona.